

Sobre los yermos campos, vuestra fama  
La maldición será de las edades.  
Sabedlo, sí, feroces; ¡oh! sabedlo,  
Que mil generaciones en un día  
Abismáis en la nada silenciosa  
Con los que nunca fueron. Vendrá un tiempo,  
Cuando entre huesos pálidos camine  
Temeroso el pastor tras su rebaño,  
Por do se alzara el encumbrado muro,  
Al hijo tierno la doliente madre,  
Hé allí, dirá, do el numeroso pueblo  
Opulento vivió. Donde se anida  
En sombrasa caverna el voraz lobo  
Destrucción del ganado, allí moraban  
Mil y mil ciudadanos: tus abuelos  
A esta parte habitaban: en un hora  
Bajaron todos al sepulcro umbrío.  
Fueron y ya no existen. Tristes sombras  
Entorno esas ruinas revolando,  
Perezca, claman, la memoria infausta,  
Perezca en el Averno y no se cuente  
El día en que nació quien tantas vidas  
Mudó en no ser, quien las mansiones altas  
Al viento dió en cenizas, y de cardos  
Espigó el valle, padre de las rosas.  
Amor, amor, virtud, amistad santa,  
Delicia un siglo del mortal felice,  
Almo consuelo, que el vivir penoso  
En dulzura tornáras y alegría.  
¡Ay! ¡dó moras, amor? ¡Por qué nos huyes?  
Tú los humanos pechos algún tiempo  
En delicioso nudo relajabas.  
La sencilla verdad, la fe más pura,  
El ingenuo candor y la inocencia  
La sosegada tierra, en quietud grata,  
Habitaron unidas. ¡Ay! huyeron,  
Huyeron, sí, de los mortales tristes.  
Mas qué, ¡no volverán? Si el mundo insano,  
Herviendo en fraudes, del regazo impuro  
Las lanzó, y en su templo al odio impío  
Estatuas levantó, ni un ara sola  
Elevará al amor el puro incienso?  
Albino, dulce Albino, vuelve, ¡oh caro!  
Vuelve á mis brazos, á tu amigo vuelve,  
Y de amistad el culto renovemos.  
Lazados nuestros pechos, dulce llama  
De amor alentarán, y el trono antiguo  
Sentará en ellos la amistad augusta.  
¡Qué á tí los hombres? Su tumulto insano  
Huye con veloz planta, y vuelve, ¡oh! vuelve  
A tus amigos todos; pocos éstos,  
Cierto, muy pocos son; mas ellos solos  
Para tí fueron en felices días  
El universo entero. ¡Ah! ¡qué placeres,  
Tiempo, tiempo fugaz! ¡qué deliciosos  
Placeres nos llevastes! ¡Ay! ¡Te acuerdas?  
Licio, tu Licio y tu Fileno fueran  
Tu gozo, y son y lo serán eternos.  
Vuela á su seno y la sonora lira  
Que riberas del Bétis nos dió Apolo  
Pulsemos otra vez. La virtud santa,  
La amistad, la virtud..... sólo estos ecos  
Del Bétis suenan las amables Drias.

## SILVAS.

## I.

En loor de los ilustres poetas sevillanos.  
(1796.)

De florida verberna y verde oliva  
La cana sien ornada,  
Sus puras aguas con murmurio ondoso  
Vertía el padre Bétis, y en tranquilo  
Y sesgo curso la ribera amada  
Fecundaba gozoso,  
De púrpura pintando el suelo herboso,

Do la ciudad sagrada  
Del libio domador fué levantada,  
El bullicioso coro  
De ninfas, ora en la caverna umbría  
Con giros mil en torno le rodea;  
Ora en la márgen fria,  
Al aire sueltos los cabellos de oro,  
El valle de alhelios matizado  
Con mil danzas recrea.  
El tímido ganado  
Allí zagalas llevan y pastores,  
Y de olorosas flores,  
Entrelazadas con el mirto bello,  
Esmaltan su cabello;  
Y en placer inocente,  
Y en cantar apacible, no estudiado,  
Al campo dan y al viento sus amores,  
Tal vez la ovosa frente  
Levanta el sacro río embebecido,  
Y escucha el canto y el tañer suave,  
Y otra ventura desear no sabe.  
Mas Febo esclarecido,  
Que á Híspalis alma destinado habia  
De cuantas vegas con su lumbré dora (1)  
En el vandalo suelo,  
Do su divino plectro sonoro  
Y celeste armonía  
Al Ibero mostrase venturoso,  
Desde el sereno cielo  
A Bétis mira, y muy más alta gloria  
En los futuros siglos le predice.  
«Será un tiempo, decía,  
Será un tiempo felice,  
En que con alto vuelo tu memoria  
Eterna pasará de gente en gente;  
Y en el opuesto polo  
Tu nombre, del olvido victorioso,  
Sonará, y tu ribera floreciente  
Euvidiará el Eridano y Pactolo.  
Sí, ya los héroes veo  
Que dentro largos años por la suerte (2)  
Destinados te son: cual de *Eliodora* (3)  
En tus amenos prados  
El dulce nombre suena, en la canora  
Cítara repetido  
Del que su ardor á Píndaro, atrevido  
Ha de robar, y al soberano asiento  
Del claro Olimpo el verso numeroso  
Levantará esforzado; y á su acento  
Anu Jove, el almo Jove, estará atento.  
¡Oh! salve veces mil, salve, glorioso  
Vate inmortal! Por tí el sagrado coro (4),  
Por tí el licor sabroso  
Que el alto Helicon riega, ya olvidado,  
Renovará, del Bétis en la márgen,  
Del Permeso la gloria (5).  
»Tras él *Aminta* viene, el tierno *Aminta*,  
Y en mirto coronado  
El gracioso zagal, en tu llanura  
Sobre la verde hierba no pisada,  
A los pastores cuenta reclinado  
Su trabajoso amor y su ventura:  
Y como dejó el Adda, enajenado

(1) Este verso es de Lista.

(2) Por la suerte: corrección de Lista. REINOSO había escrito por los hados, buscando sin duda consonante á prados. (Nota del Colector.)

(3) *Eliodora*: nombre poético que da Herrera en sus cantos á la Condesa de Gelves. Herrera, inimitable en sus defectos y en sus perfecciones, era el principal modelo de la escuela sevillana del siglo XVIII. El afán estéril de asemejarse á Herrera es visible en REINOSO. Por eso es tan palabarrera é imitadora toda la poesía de la primera época de este escritor esclarecido. (Id.)

(4) *El sagrado coro*: corrección de Lista. REINOSO había escrito el coro sagrado. Aquí, en nuestro sentir, no anduvo Lista acertado. Por una parte suprimió el consonante de *sagrado* con *olvidado*, y no advirtió, por otra, que colocando la palabra *coro* al fin del verso, lo hacia asonante del que le precede y del que le sigue, lo cual produce perverso efecto. (Id.)

(5) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito: En la márgen del Bétis abundoso Tendrá estable morada. (Id.)

Al eco dulce del marfil sonoro,  
Que en frenará tu curso cristalino:  
Al acento divino,  
Por quien del gran Lucano  
La trompa suena en idioma hispano.  
» ¡Oh! ¡cuántos genios, cuántos  
Excelsos genios, de mi ardor movidos,  
La lira pulsarán suavemente  
En deliciosos cantos!  
De tu mansa corriente  
Las Náyadas saliendo, los subidos  
Sones repetirán, y en troncos duros  
Entallarán los versos aprendidos;  
Y de laurel y rosas  
Guirnaldas componiendo (1), por su mano  
Les ceñirán las sienes venturosas.  
» Mas no con tono errante  
El plectro sonará en capricho vano:  
Un varón sobrehumano  
Aquí será, que acuerde los sonidos,  
Y leyes dé al que cante:  
Que cual el docto Lacio,  
Habrá también la Bética un Horacio.  
» Y á los que enardecidos  
La cítara sonante  
Mover empuñan, al afán glorioso  
Alentará un espíritu generoso (2).  
El de la patria en el augusto templo,  
De la justicia santa  
Oráculo será, y á los mortales  
Con su canto inflamando, claro ejemplo  
A la lira dará y eterno nombre,  
Y con osada planta  
Por la escabrosa vía  
Los llevará, por do á la cumbre alzada  
Treparon ya los héroes celestiales.  
Así el alto renombre,  
Á él concedido sólo,  
Gozará, de llamarse nuevo Apolo.  
» Mas ¡oh! levanta, Bétis, ¡oh! levanta  
La esclarecida frente,  
Y mira ya conmigo la ventura  
Que gozarás feliz. Híspalis alma,  
Oye, entiende tu gloria permanente:  
¡Ah! la gloria inmortal que te asegura  
El pecho estremecido (3)  
En un nuevo furor y prodigioso,  
Cual jamás ha sentido.  
Oid, lejana gente,  
Mi sacra voz y espíritu adivino,  
Y de Híspalis el nombre glorioso  
Escuchad en silencio reverente:  
El nombre oid del suelo venturoso  
Do la escena elocuente  
La Hesperia ve nacer. Con larga mano  
Su encanto delicioso  
Aquí las Gracias vierten, y al humano  
Inflaman en aliento soberano.  
¡Cuál en festivo zueco el genio ibero  
Al alzado teatro sube ufano  
Y el vicio y necedad alegre mofa! (4).  
¡Cuál, oh, con faz risueña  
En ingenuo solaz al hombre enseña,  
Y en risas mil suaviza placentero  
Su vivir lastimero!  
Esfuerza ¡oh sacra Fama!  
De tu trompa el aliento sonoro (5),  
Y del inclito *Rueda* el nombre ilustre  
Al mundo anuncia en vuelo presuroso:

(1) *Componiendo*: corrección de Lista. Decía *adornando*. (Nota del Colector.)

(2) Alude á don Juan de Arguijo, elegantísimo poeta y protector generoso de las letras. (Id.)

(3) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO:

El sacro pecho hirviendo:

El pecho la asegura estremecido. (Id.)

(4) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO:

¡Y alegre burla del error insano

El imperio altanero! (Id.)

(5) Este verso es de Lista. REINOSO había escrito:

El aliento hazaioso. (Id.)

Y cuanto espacio de mi pura llama  
Recibe claro lustre,  
Del sabio ingenio adore la memoria,  
Y de Bétis admire la alta gloria.»  
Habló Febo, y con rayo luminoso  
El ancho templo esclareció, do el hado  
Cubre en oscuro velo  
El lauro y sacro asiento destinado  
A los héroes que el cielo rutilante  
Produce en tardo vuelo.  
En duro hierro atado,  
Con el rostro anhelante,  
Allí el tiempo fugaz extiende en vano  
La planta destructora,  
Y el ala bate con afán insano,  
Por entrar al recinto soberano,  
Que de muerte y olvido exento brilla,  
Y con vuelo inhumano  
No logra arrebatarse el sacro nombre (6),  
Que á los siglos llevado, el orbe honora  
Y en ara permanente invoca el hombre.  
Los ojos alza á la region dichosa  
El claro Bétis, y su honor futuro  
Contempla arrebatado.  
Allí en bronce luciente,  
Que la inmortalidad ha consagrado,  
Y que embota los filos de la Parca (7),  
Grabados ve los nombres vencedores  
Del ilustre *Rioja*, de *Cetina*,  
Del *Marcial Andaluz*, del elocuente  
*Pacheco* y otros mil. El alto asiento  
Advierte que en celestes esplendores  
Almo Febo destina,  
Cual genios superiores  
Del ibero Parnaso, al sacro *Herrera*  
Y al que de dos pastores  
El áspero lamento  
Cantó, dorado Tajo, en tu ribera (8).  
Viólo Bétis gozoso,  
El cristalino vaso suspendido,  
Que vierte la onda pura:  
Y el campo florecido  
Y sacro muro de Híspalis glorioso  
Baña en curso espumoso,  
De perlas mil y rosas revestido:  
Y las sonoras aguas apresura,  
Porque á Neptuno digan su ventura.

## II.

A Elisa, protectora de los expósitos.

Nace en el valle la temprana rosa,  
Y tímida descoge el puro seno  
Por beber á la aurora el primer rayo.  
Mas ¡ay! que ya envidiosa  
Se lo esconde la nube, y rauda trueno  
Y densa lluvia á la infelice envía,  
Ya la hiere el granizo,  
Ya la sacude el ábrego rugiente;  
Ni seto la defiende al rudo embate,  
Ni la cubre clemente  
Mano alguna prendada de su hechizo,  
O de su frágil sér compadecida,  
En tan duro combate  
Débil y sola, la marchita frente

(6) Este verso y los dos anteriores son de Lista. REINOSO los había escrito así:

De la muerte triunfante

No el velar inhumano

Arrebata tras sí el augusto nombre. (Id.)

(7) Verso de Lista. REINOSO había escrito:

Exento al filo de la Parca duro. (Id.)

(8) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito:

En dolorido acento

El lamentar cantó en otra ribera.

Lista puso á estos versos la siguiente nota marginal:

«¿Es Garcilaso? No debe entrar en esta composición, ó no entrar solo. (Id.)»

Sobre el delgado vástago ya inclina,  
Y el agua destilando en tierno lloro,  
Sola y débil lamenta su ruina.  
Mas la nube pasó: con brillo nuevo  
Difunde por la esfera su tesoro,  
De luz y vida coronado Febo;  
Y á la flor aterida  
Dulce calor y aliento restituye.  
Ella al benigno rayo  
Tornando del desmayo,  
La yerta faz levanta agradecida;  
Y en más suave olor, carmin más bello,  
Al sol paga el benéfico destello,  
El brillo ostenta de la nueva vida.  
No es sin fin el dolor: el Númen santo  
Que hizo brotar la luz del caos oscuro,  
Sacó del mal el bien. De la desgracia  
Nació la compasión: del llanto acerbo  
El delicioso llanto,  
Que da consuelos y placer recibe.  
Tal vez el hado sus furores sacia  
En víctima inocente,  
Que nace al infortunio, al dolor vive.  
En el primer sollozo abandonada,  
Las manecitas tiende y busca en vano  
El blando arrimo, el maternal fomento:  
Llora y nadie la escucha.... ¡ Desolada  
Perecerá en su albor? ¡ Y el crudo viento  
Disipará insensible su gemido?  
¡ Más valiera no ser! No; que ya enmienda  
El rigor de la suerte  
Piedad compadecida,  
Y una madre le da que la defiende.  
No quien en presa la dejó á la muerte,  
No; sólo es madre quien salvó su vida.  
Tú, Elisa virtuosa,  
Tú su madre serás.... Ya en tu regazo,  
Apagando el quejido, se reposa:  
Despierta, y de su Elisa  
No alcanzando á ceñir el albo cuello  
En cariñoso lazo,  
Paga el amor con su primer sonrisa.  
Del tronco así cortada,  
Y expuesta á perecer, la rama tierna,  
Si ya en árbol más bello  
Por industriosa mano trasplantada,  
Halló el apoyo y adopción materna,  
Con nueva pompa crece,  
Y de flores y pomas le guarnece.

## ELEGÍA (1).

## Á ALBINO (2).

En la muerte del señor don Juan Pablo Forner.

¡A qué precio, mi Albino, el alto cielo  
A la pérdida luz vuelve piadoso  
El sabio arrebatado en presto vuelo?  
¡Oh! si el llanto, si el ruego fervoroso  
Devolviera á la sombra inanimada  
El celestial espíritu glorioso!  
Mas ¡ay! ¡quién de la Parca despiadada  
Calmó el rigor, ni del fatal acero  
Logró la vida redimir cortada?  
¡Triste y mísera vida! El hado fiero  
Trueta improviso la mayor ventura  
En llanto eternamente duradero.  
Llora, mi Albino; que á la tumba oscura  
A Norferio ha llevado; al gran Norferio:  
No es la suerte del genio más segura.  
Mas ¡por qué el detestado ministerio  
No ejerce igual, ni igual, si bien impío,  
Sojuzga los vivientes á su imperio?

(1) Fué leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, el 23 de Abril de 1797.

(2) Don José María Blanco.

¡Maron arrebatado al reino umbrío  
Será en temprana edad, mientras un Babio  
No teme al hado, en su favor tardío?  
¡Ah! crece el duro acanto sin agravio  
Del Noto adverso, que la flor hermosa  
Marchita á su nacer, tal muere el sabio.  
Tal es del bien la condición forzosa  
En un mundo de males; brilla y muere  
Cual en la noche exhalación lumbrosa.  
Sutil destello que al mortal confiere  
El cielo de su luz, cuanto más puro,  
Más veloz á su esfera se transfiere.  
Así pasó Norferio: al suelo oscuro  
En su rápido tránsito luciendo,  
Voló triunfante al inmortal seguro.  
El misterio del hombre, el caos horrendo  
De errores que abortó saber insano,  
Esclareció, de nuestra vista huyendo.  
En su giro ilustró del sér humano,  
Que autómato fingiera el desvarío,  
La condición y objeto soberano.  
Del orden racional mostró al impío  
Ser Dios el centro, como el sol fulgente  
De los astros que corren el vacío.  
Los altos dogmas declaró elocuente  
De Témis; celador de su balanza,  
El rigor vano combatió ferviente.  
El de los siglos que á contar alcanza,  
Sólo en hechos solícita, la historia,  
Revelar quiso al mundo la enseñanza.  
El de su patria restauró la gloria,  
Por extranjera emulación manchada,  
Y vengó de sus sabios la memoria.  
¡Y lauros tantos abismó en la nada,  
¡Oh Norferio! y robó nuestra ventura  
Para daño común la Parca airada!  
No: ¡jamás del saber la lumbre pura  
Nublará, ni tu fama el golpe fiero;  
España en su dolor te lo asegura.  
Del Calpe infausto al valladar postrero,  
En sôn lúgubre el aire estremecido,  
Tu nombre lleva por el suelo ibero.  
Y más que todos Bétis condolido,  
Que oyó tu canto y el laud sonoro,  
Al mar lanza de Atlante su gemido.  
En derredor vagando el triste coro,  
El coro de zagales ¡ay! tu amado,  
Muda su alegre voz en tierno lloro,  
Y ¡quién ¡miserol! clama desolado,  
Quién será ya en contiendas pastorales  
Por juez del cantar dulce señalado? (3).  
Las diosas del saber en funerales  
Lamentos cercan la funesta losa,  
Traspassados sus rostros celestiales.  
Cuál de lauro inmortal y fresca rosa,  
Con el vertido llanto salpicada,  
Ciñe la tumba y de azucena hermosa.  
Cuál, del dolor agudo desmayada,  
Al brazo apoya el pálido semblante,  
Junto al caro sepulcro derribada.  
Cuál, turbada, con mano vacilante  
Las flores ya deslaza que tejía  
En orla de colores rozagante.  
En coronas espléndidas que un día  
Su sien de nuevo ornáran, y ya en vano  
Otro sabio á esperar se atrevería.  
Cuál el ara levanta, do en lejano  
Siglo será invocado del viviente  
Norferio á par de Apolo soberano.  
En tanto le consagra en sôn doliente  
Su canto celestial, que ignora el hombre,  
Ceñido Febo de cipres la frente.  
Y aunque mi flaca voz del alto nombre  
De Norferio es indigna, que de olvido  
Triunfó inmortal con célebre renombre,  
En desusada llama el pecho ardido,  
Me inspira un númen, que al hispano suelo  
Proclame yo su nombre esclarecido.

(3) Forner había sido juez de los premios de la Academia de Letras Humanas. A esta circunstancia alude Reinoso en estos versos.

(Nota del Colector.)

Glorioso vate, que el excelso cielo  
Habitas ya, do entre celajes de oro,  
Rasgado ante tu vista el sacro velo,  
Al Hacedor del orbe en más sonoro  
Y eterno canto alabas prosternado,  
Tu voz uniendo á las del almo coro;  
No temas que mi acento desmayado  
Deslustre tu virtud; no en la alta esfera,  
Cual en el mundo, el genio es mancillado.  
Allí absorbe tu sér la gloria entera  
De la deidad que de esplendor te inviste,  
Y á su adalid los triunfos remunera (1).  
Gózala, sí: mientras en canto triste  
Repetiendo las Musas tus loores,  
Lloroso el pueblo á tu sepulcro asiste.  
¡Ay! (clama desparciendo blandas flores  
Y siempre-viva por el mustio prado,  
Perfumando la tumba sus olores).  
¡Ay! No ya otro Norferio del sagrado  
Helicon vengará, ni de su fuente,  
El honor tantas veces ultrajado.  
¡Y prepará de hoy más la insana gente,  
Que en vil tropa turbó con ronco aullido  
Los acentos que Febo oye presente?  
¡Cuál un tiempo se vió, desfavorido  
A la voz de Norferio el torpe bando,  
Despeñarse con hórrido alarido!  
Y la trompa sublime resonando,  
El lauro desceñirse el sacro Apolo,  
La frente al caro vate coronando!  
Mas ¡ay! su trompa triste, ruina solo,  
Rota yace: la que en vigor y alteza  
No halló igual de Calixto al otro polo.  
Rota su lira ya, sin gentileza  
Roto el zueco, envidiosa se adelanta  
La Parca á destrozarlos con fiereza.  
Y ya de Pimpla la caverna santa  
Solo en ayes resuena. ¡Se debía  
Al desgraciado coro pena tanta!  
En un tiempo que agravios mil sufria,  
¡Infeliz! ¡le asestaba el golpe airado,  
Ávara de su bien, la muerte impía? (2).  
Querido Albino, ¡y cuando así angustiado  
El Pindo llora en dolorido acento,  
Tornar podremos al cantar usado?  
¡Oh! vuela á las moradas del contento  
A sonar, ¡oh mi lira! que sumido  
Tu dueño yace en inmortal lamento;  
No da más voz mi plectro que el gemido.

## HIMNOS EN LOOR DE SAN ISIDORO.

## I.

Isidoro ilustra la Religión.

Ante la hueste arriana  
Fuerte adalid se presenta  
Leandro; ni le amedrenta  
Del vulgo la furia insana,  
Del tirano la crueldad.  
Triunfa, las sienas vendada,  
La fe en el antiguo asiento,  
Do ya con más puro aliento

(1) Reinoso, al corregir severamente esta elegía, suprimió aquí los siguientes tercetos:

Cuando turbado el ateísta inmundo,  
No osando alzar la voz en tu presencia,  
Huyó temblando á tu saber profundo.  
Tú los delirios de la humana ciencia  
Declaraste al mortal: los sacrosantos  
Designios de la eterna providencia.  
Tu inmortal sér, ya libre de quebrantos,  
El sér, por quien al impio guerra diste,  
Goza anegado entre placeres santos.

(Nota del Colector.)

(2) Aquí suprimió el autor otros dos tercetos, y esta vez con sobrada razón. (Id.)

Su voz oirá inmaculada  
La ibera posteridad.

Llevado al celeste coro  
El pastor que á la fiel grey  
Redujo al pueblo y al rey,  
Mas luz da á la fe Isidoro,  
Da á la Iglesia más honor.  
Así la aurora naciente  
Rasga al orbe el negro velo;  
Mas luego, señor del cielo,  
Subiendo el sol por Oriente,  
Le inunda en su resplandor.

De su voz el trueno fuerte  
Huye pálido el impío,  
Y este noble poderío  
Deja despues de su muerte  
Á su silla en heredad.  
Su sólio domina alzado  
Entre el tumulto agareno,  
Cual sobre nubes sereno  
A su pié el Ande nevado  
Ve rugir la tempestad.

El amoroso  
Da á su rebaño  
Pasto sabroso,  
Y al lobo extraño,  
Que le amedrenta,  
Terrible ahuyenta  
De su redil;  
Cual oficiosa  
Labra la abeja  
Miel olorosa,  
Y al fiero aleja  
Que le árrebata  
Su labor grata  
Con mano hostil.  
Ya enjambre sabio  
Lo mostró un día,  
Cuando en su labio  
De la ambrosía  
Fabricó el nido  
Como en florido  
Dulce pensil.

## II.

Antes de morir anuncia la pérdida de España.

Á la tumba cercano Isidoro,  
De Rodrigo predice el desdoro,  
De la mísera patria el dolor.  
«¡Ay! exclama, tus culpas, oh España,  
Del Potente encendieron la saña,  
Que ya el rayo vibró en su furor.

» Sobre el godo la muerte revuela  
Y su trono y sus huestes asuela,  
Cual las mieses furiosos huracan.  
«¡Ay! tus ondas orladas de espigas,  
¡Cuántos yelmos, oh Lete, y lorigas,  
Cuántos cuerpos al mar volcarán!

» Ya, ya surgen del afro las popas,  
Ya descenden las bárbaras tropas,  
Ya las miro los campos correr.  
» Tal se vió de Coré en el estrago  
Entre llamas ignífero lago,  
de Jacob la progenie envolver.

» Mas cética alegría,  
Depuesto ya el encono,  
Baja del almo trono:  
Hispanos, confiad.  
» Feliz nacerá un día  
En que benigno el cielo,  
Sobre el amado suelo  
Derrame su piedad.

» Las cruzadas entenas  
De la española gente,  
Domando tu corriente  
Verá la turba infiel;

» Y rotas las cadenas,  
Bétis, del cuello laso,  
Darás abierto paso  
Al cautivo Israel.

» Que ya Jehová guerrero,  
Al soplo de su enojo,  
Hundiendo en el Mar-rojo  
La pérfida legion,  
» Por sólido sendero  
El golfo dividido,  
Salvó al pueblo escogido  
Del duro Faraon.»

## COMPOSICIONES VARIAS.

### I.

El pastor soldado.

La obscura vida del campo  
A Dorilo desagrada,  
Y por fatigas más nobles  
Quiere trocar su cabaña.

El nombre vano de gloria  
Con grata ilusión le encanta,  
Ni juzga felices horas  
Las que no aplaudidas pasan.

«Sufre nieves el soldado  
Cuando por los Alpes marcha,  
O ya en la arenosa Libia  
De sudor la tierra baña.

» Tal vez despierta asustado  
Al ronco són de las cajas,  
Tal en vez de dulce sueño  
Le cubre la dura escaracha.

» Mas sus afanes consuela  
La lisonjera esperanza  
De que ellos entre los hombres  
Memoria eterna le alcanzan.

» Vierta en buen hora su sangre,  
Y qué! si con ella graba,  
Libre de olvido, su nombre  
En el templo de la Fama?»  
Así diciendo Dorilo,

Su quieto hogar desampara,  
Deja el pacífico arado,  
Y empuña alegre la espada.  
Mas ¡ay triste! que aun no ha visto  
Roja en sangre la campaña,  
Marchar descubierto el pecho  
Por entre enemigas lanzas.

Inocente zagalejo,  
Vuelve, vuelve á la majada,  
Donde ceñida de rosas  
Tu bella Filis te aguarda.

Vuélvete á gozar del prado,  
En que, al despuntar el alba,  
Cortabas las tiernas flores,  
De puro aljófár bañadas.

¡Ay! ¡ Piensas tú que es lo mismo  
Troncar la delgada vara  
Al clavel ó á la azucena,  
Que al contrario la garganta?

Vuelve ¡ay! vuelve, simplecillo,  
Que la mano acostumbrada  
A manejar el cayado,  
Mal sabe regir la lanza.

### II.

En el álbum de la señora doña María de los Dolores Puche de Leon-Bendicho.

¡Cuál perfeccion, qué dote peregrina  
De cuantas ricas Dóris atesora,  
Ensalzará la página primera  
Que á sus recuerdos la amistad destina?

» Será el semblante bello,  
O la vaga luciente cabellera,  
O aquel lustre de aurora  
Que al gentil aire, al torneado cuello,

Al mirar dulce, al conversar suave,  
Da el frescor juvenil?... Luégo se alabe  
La faz linda, el donaire y el talento,  
Sublime dón que á los demas decora;

Primero la virtud.—Cual sus colores  
En breve y puro aliento  
Alcanzan de la luz las tiernas flores,  
De ella su precio la beldad recibe;  
Ella al tiempo y las gracias sobrevive.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

# DON DIONISIO SOLÍS<sup>(1)</sup>.

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Por sí mismo y como á escondidas, dice don Manuel José Quintana, hablando de Moratin, que se formó aquel insigne cómico español en el gusto de la poesia; sabemos, empero, que el célebre Inarco tuvo por padre á un poeta eminente, de quien difícil es creer que no inspirase á su hijo alguna afición á un arte que tan felizmente habia él cultivado. Contemporáneo fué y amigo de Moratin otro hombre, otro escritor dramático distinguido, que á solas, en la oscuridad y batallando siempre con obstáculos casi invencibles, dedicó toda su vida al culto de las Musas; les debió favorables inspiraciones; enriqueció con muchas obras nuestra escena, y por una calamidad incomprendible, ó como si le hubiese destinado la Providencia á vivir y morir oscuro, jamas debió una señal de aprecio á su país, ni una voz de aplauso á la fama.

DON DIONISIO VILLANUEVA Y OCHOA, conocido con el sobrenombre de Solís, nació en Córdoba el año de 1774. Fueron sus padres don Juan de Villanueva y doña Antonia de Rueda, que le destinaron á la música, despues que hubo estudiado en Sevilla latinidad, retórica y poética, bajo la direccion de don Justino Matute y Gaviria, literato amigo de don Juan Pablo Forner. Estos fueron los únicos estudios que al jóven Dionisio le costearon sus padres; pero se aventajó en ellos de tal suerte, que ántes de los quince años de edad habia ya traducido en metro castellano varias odas de Horacio, y escrito otras composiciones líricas originales con dición tan correcta y robusta, que admirado Forner al mostrárselas el catedrático Gaviria, las igualaba con las de fray Luis de Leon, y honró á Solís repetidas veces con el nombre de *Leon moderno*. Sólo un año tomó en Sevilla lecciones de música y composicion del maestro Ripa, que lo era de capilla á la sazón en aquella catedral; y no más que con estos conocimientos, con la destreza que habia adquirido en el violin, y la confianza en sus naturales disposiciones, se acomodó, para no ser gravoso á sus padres, con una compañía de cómicos, y compuso la letra y la música de una tonadilla que se ejecutó con aplauso en Valencia.

Hasta aquí nada ofrece la vida de Solís que pueda admirarnos mucho; los talentos precoces en ningun país abundan como en España, aunque en ninguna parte se aprovechan ménos; lo realmente maravilloso es, que un jóven que habia abrazado la vida del teatro, que se veia rodeado de hombres, los cuales ni leían, ni estudiaban, ni sabian leer tal vez otra cosa que los papeles de su repertorio, hiciese, á fuerza de constancia y afán, en medio de mil privaciones, los estudios que son absolutamente necesarios á un poeta, si no quiere escribir desatinos. El frances, el italiano, el inglés, el griego, lógica, metafísica, ética, geografía, historia, legislación y economía política, todo lo estudió por sí solo, y todo lo aprendió bien, principalmente las lenguas y la historia nacional. A los cuarenta y siete dias de haber empezado á estudiar el idioma de Homero, se halló capaz de traducir en verso la *Batracomiomaquia*.

Por el año de 1899, Solís, que habia abandonado la profesion de músico, vino á Madrid como primer apuntador del teatro de la Cruz. Esta fué la profesion de un hombre á quien su ingenio lla-

(1) El manuscrito de estas poesias inéditas nos ha sido franqueado con bondad suma por la señora doña Ramona Idígoras de Solís, viuda de uno de los hijos del modesto cuanto esclarecido escritor. No pudiendo incluírlas todas por falta de espacio, he-

mos suprimido varias traducciones de Horacio y algunas composiciones, de carácter imitativo, escritas cuando el autor no habia salido de la adolescencia. (Nota del Colector.)